

Los trabajadores sociales: ¿gestores o servidores de la solidaridad?

Antonio GUTIÉRREZ RESA*

Resumen

En estas páginas, y sin olvidar el pasado del trabajo social y de los trabajadores sociales, hacemos un breve análisis del cometido que pueden desempeñar estos últimos, ahora que la solidaridad "se ha puesto de moda".

La vinculación originaria entre lo social y la solidaridad permite que los trabajadores sociales dispongan del potencial y experiencia suficientes para potenciar la solidaridad creativa y del éxito... y no tanto la compasiva, la que interviene ante el fracaso.

Los técnicos de la solidaridad, los trabajadores sociales, han de ofrecer resultados, habiéndolos programado con anterioridad, y habiendo establecido criterios de verdad propios del trabajo social.

La identidad de una profesión: el Trabajo Social

Puede resultar paradójico que volvamos a preguntarnos hoy por la identidad de los trabajadores sociales, cuando afortunadamente existen como profesionales desde hace años, disponen de formación universitaria y

Abstract

The aim of this paper, without forgetting the past of social work and the social workers themselves, is to make a brief analysis of the role that the latter may play now that solidarity is becoming fashionable.

The original link between social issues and solidarity provides the social workers with enough potential and experience to promote a creative successful solidarity... rather than a sympathetic one in which failure is involved.

The solidarity experts, social workers, ought to present some results which should have been planned in advance; they also should have set up truly characteristic criteria for the social work itself.

cumplen socialmente con una serie de funciones en sistemas tales como el de los Servicios Sociales de Base, sistema sanitario, educativo, etc además del ámbito propio del mercado. Queremos añadir, que aunque no esté establecida la especialización a nivel universitario, sí que se produce a nivel práctico en la sociedad. Hay trabajadores sociales que desempeñan sus tareas especializadas con drogode-

* Catedrático de Servicios Sociales de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Zaragoza.

pendientes, con menores, con receptores de los salarios sociales, en la formación de personas que emprenden empresas sociales, etc.¹.

La absorción, de buena parte de los trabajadores sociales, por parte de la Admón. ha provocado una cierta reacción diferenciadora respecto de los Servicios Sociales². Y es comprensible, si tenemos en cuenta que el fuerte peso de las funciones de trámite y gestión en los Servicios Sociales actuales constituye un excesivo condicionante para los citados profesionales del trabajo social. Sin embargo reconocemos desde los Servicios Sociales que han de tenerse como referentes y aplicarse principios de flexibilidad y eficacia, entre otros. De tal modo que ni siquiera los mismos Servicios Sociales se han de concebir como pura expresión administrativa. Lo cierto es que resulta difícil establecer diferencias en la propia estructura administrativa de los Servicios Sociales respecto del trabajo social.

La identidad del trabajo social se ha puesto en tela de juicio por su supuesta ambigüedad además de achársele "falta de rigor científico", "mediocridad", y cierta inclinación por la "rapiña intelectual". En tal caso imaginamos que tiene algo que ver con la falta de precisión de su lenguaje, su terminología y con sus criterios de verdad. Ambigüedad que se interpreta "múltiple, posicional y funcional, ya que la intervención social se sitúa entre lo político y lo económico, en el terreno de lo social, y se sustenta de unos códigos teóricos también ambiguos que fluctúan entre las ciencias

sociales y la filantropía"³. Sin embargo es inequívoca la vinculación originaria entre lo social y la solidaridad tratando de hacer frente a las circunstancias generadoras de los nuevos pobres. En un principio era el cometido del trabajo social, desempeñado por mujeres, y con el objetivo de trabar mejor los vínculos sociales que hoy vuelven a cobrar actualidad. Solo que ahora el mismo cometido lo disputan otros profesionales (sociólogos, psicólogos, animadores socio-culturales, etc.). Y respecto de los criterios de verdad del trabajo social basta con desarrollar la actividad que desempeñan otras disciplinas. La teoría ha de estar de acuerdo con la experiencia dirigida (observaciones sistemáticas), formar parte de la teoría general sobre la intervención social, compatibilizar los conocimientos de ciencias como la sociología, la psicología entre otras, hacer determinadas predicciones, ser capaz de roturar nuevos caminos en la investigación y conseguir el respaldo de las aplicaciones prácticas, según el campo de intervención social donde actuemos.

También hoy la solidaridad sigue siendo protagonista de lo social, adquiriendo mayor complejidad y nuevas formas. En tal caso nos debemos plantear si aquella satisface las expectativas del trabajo social y sus profesionales, o si por el contrario estos últimos prefieren hacer uso de su instrumental (entrevista, cuestionario, encuesta) en contextos más ortodoxos. "Sin embargo, a su vez la solidaridad universal está amenazada por el irenismo y la desencarnación. Se pre-

tende sin contenido, sin límites, sin fronteras, como un amor perfecto flotando en el cielo"⁴. Claro que existen otros niveles hasta acercarnos a la solidaridad local, a aquellos que conocemos. Ahora bien, debemos ser cautos en apostar sin más por la solidaridad. La solidaridad de hoy puede llegar a ejercer un fuerte protagonismo que se convierte incluso en espectáculo y competición; como si fuera el método más eficaz para hacer visible la pobreza de nuestras ciudades: generar piedad, compasión en la sociedad, individualizando el sufrimiento y presentándolo a la medida exigida por el espectador.

Plantearse la mediación de la solidaridad desde el trabajo social supondría traicionarla si el trabajo hubiera de consistir en edulcorarla, seleccionarla, o en exhibirse profesionalmente a costa de ella como única alternativa. En tal caso no habría más solidaridad que la gestionada por el trabajo social. Y de lo que se trata en definitiva es de ayudar para que las propias personas se emancipen, adoptando como referencia las propias posibilidades humanas y no únicamente sus fracasos. Y en ese empeño debe hacer su labor el trabajo social, sea en las instituciones y estructuras del Estado, o bien a través de las ONGs y de la iniciativa social en general.

Gestionar desde el trabajo social y no dinamizar, potenciar, recrear y provocar mediante innovadoras técnicas nuevas formas de solidaridad, es tanto como decir que, en aras de la gestión, privan los objetivos políticos e

institucionales públicos o privados. Con ocasión de los más débiles gestionaríamos la solidaridad más rentable, por haber seleccionado previamente el ámbito de actuación asistencial que más conviene a la política social vigente, institución o marca de solidaridad más de moda. Muy al contrario se ha de ver reflejado en las personas objeto de nuestra acción, un progreso cuyas características sean incuestionables por ser positivas, y haber sido prefijadas por el trabajo social.

Es importante añadir que de profesionalizar totalmente la solidaridad, muy posiblemente acabaríamos con ella. Por contra, hacer presentes a los profesionales en organizaciones solidarias, ayudará a conseguir mejores resultados si logramos dar con el porcentaje ajustado de la combinación voluntario-profesional más idóneo.

Sería ridículo afirmar a estas alturas que el trabajo social es exclusivo de mujeres o que la solidaridad misma es una cuestión de género⁵. Del mismo modo hemos de tener presente el pasado para advertir del contexto en que se origina el trabajo social y saber utilizarlo. La práctica de la asistencia por parte de aquellas mujeres distinguidas, se hizo extensiva a muchas mujeres-madres de familia, que habrían de socorrer a propios y allegados de por vida. Una socialización del género que a las mujeres las vincula a lo privado, mientras que los hombres quedan unidos a lo público. Ahora bien, la experiencia acumulada como género puede ayudar a que el trabajo social potencie la solidaridad como quehacer de responsabilidad público-privada.

Los modelos de participación que han estado basados en referentes comportamentales cuya base ha sido y sigue siendo la división sexual, pueden ser utilizados por el trabajo social para advertir de caminos de solidaridad que han de alcanzar el estatuto de públicos. Itinerarios de inserción, procesos de adaptación, prácticas de solidaridad para sobrevivir, han de ir logrando el status público necesario, gracias al soporte que les proporciona el trabajo social confiriéndole así la confianza necesaria para ser respetados por la comunidad científica y tenidos en cuenta por la sociedad.

La secundariedad, pasividad, voluntarismo, asistematicidad, emotividad, como características de gran parte de las actividades realizadas por mujeres (curar enfermos, atender niños y ancianos, etc...) han de ser recobradas y colocadas en primer plano, como parte de la solidaridad privada ejercida con flexibilidad por las mujeres. Solo que ahora, y por el trabajo social, tenemos la ocasión de estructurar profesionalmente actividades, experiencias solidarias, que posibilitan su extensión a otros niveles, así como la justificación racional de los apoyos públicos a programas de trabajo social que empeñan su prestigio profesional y científico en el cumplimiento de sus predicciones.

Plantearnos hoy la identidad del trabajo social no significa necesariamente una vinculación con funciones estrechamente ligadas a la solidaridad en sus diversas manifestaciones. Sin embargo, al margen de las especificidades del trabajo social, nos encontra-

mos con que en todas ellas, en todas las experiencias solidarias, la aportación solidaria de los protagonistas es imprescindible para que tengan éxito las predicciones. De no ser así estaríamos hablando de asistencialismo moderno, pero asistencialismo al fin y a la postre. Y paralelamente saltan a la palestra las cuestiones propias de cualquier actividad que se aprecie de científica: la precisión terminológica y los criterios de verdad que ya hemos comentado. Solo que en el trabajo social hemos de partir, como en otras disciplinas, de un corpus o núcleo teórico que luego adquiere su especificidad y precisión en menores, familia, drogodependientes, mujeres, etc. En caso contrario no hace falta decir que el camino recorrido no es suficiente y que deberíamos adoptar posiciones más flexibles, de mayor prudencia y respeto en los ámbitos científicos, al mismo tiempo que luchamos por ofrecer resultados que confirman nuestras hipótesis.

1. Trabajo Social y ordenación social jerárquica

La ordenación de la vida laboral, social, económica, parece haber establecido una jerarquía cuyo orden marca niveles claramente diferenciadores entre quienes producen y quienes cuidan no sólo a los productores sino a todos aquéllos que pierden poder competitivo, marginados y pobres. Una diferencia por tanto entre las reglas de mercado y aquellas otras que

provocan o configuran la solidaridad social pública y privada⁶.

Hemos adelantado ya que vincular la gestión o animación de la solidaridad social con una parte o el total de la identidad de los trabajadores sociales, supone retomar la tradición y origen del trabajo social, y además como quehacer de género. Solo que ahora y en la actual situación del Estado de Bienestar la tendencia a reducir o derivar gestión pública así como potenciar la iniciativa social, hacen sospechosas determinadas vinculaciones o relaciones conceptuales. No hay que extrañar por tanto la lógica inclinación a entender por parte de algunos autores actuales que la ortodoxia del trabajo social se produce al margen "de la salvaguardia de lo estatal"⁷.

La jerarquización social por razón de sexo alcanzó al trabajo social⁸ para que éste solucionara problemas en el ámbito de lo privado; ámbito de necesidades no reconocido por el derecho, y que había de ser atendido por la solidaridad privada. Se establecía así un corte que dejaba sin existir las necesidades privadas, reducidas al ámbito solidario familiar, vecinal, y caritativo institucional.

No resulta fácil defender la supuesta identidad del trabajo social como quehacer vinculado con la solidaridad social, si esta última ha alcanzado con el paso de los años una contrastada diferencia y diversificación que en alguna de sus formas (ONGs) tiene reconocimiento social nacional e internacional "independiente". En este último caso la estructura que las mantiene, el número de personas con las

que cuenta, el volumen de sus programas y la financiación de que disponen, constituyen por sí mismas plataformas de la acción social junto a los Estados. Hoy por hoy se sienten seguras, y hasta hacen cierto alarde de su potencia solidaria⁹.

La compatibilidad existente entre gran parte de las ONGs de la acción social y el mismo trabajo social, existe también entre la Admón. estatal y aquel, a la hora de hacer efectiva la política social y los servicios sociales. Hacer ascos por tanto desde una supuesta ortodoxia del trabajo social a los objetivos de la Admón. o a las diversas metas que se hayan propuesto las ONGs, es alimentar una entelequia del trabajo social poco operativa.

Tampoco encontramos excesivo sentido a las voces que instan al voluntariado para que colabore, de entre los programas de la Admón. con los de acción social y servicios sociales público-estatales. Lo más lógico, teniendo en cuenta nuestra tradición en materia de voluntariado, es que fomentemos su colaboración desde su independencia, especialización e identidad propias. Es razonable pensar que el trabajo social metodológicamente tenga la independencia suficiente como para actuar en sectores privados, públicos, concertados o con cualquier otra fórmula existente. Y es comprensible también que determinados contextos favorezcan en mayor o menor medida el desarrollo del trabajo social. Pero hemos de reconocer que obedecen a otro orden, las competencias del sector público y las condiciones en que debe producirse la colabo-

ración o participación de las entidades voluntarias.

El trabajo social todavía dispone como antaño del ámbito de actuación de la solidaridad informal, escalón primero, solidaridad vital del espacio familiar, vecinal, y más íntimo que aquel otro (ONGs) que dispone de medianas y grandes estructuras, de redes formales para hacer rendir a la solidaridad, como si únicamente de un capital empresarial se tratara¹⁰. La solidaridad de los familiares amigos y vecinos, sería el espacio para el que estaría destinado el trabajo social, como en sus orígenes, sin afirmar por ello que haya de ser el ámbito exclusivo de actuación. Solo que al relacionar la solidaridad con el trabajo social, nos topamos en sus orígenes con semejante vinculación y en el nivel más elemental. Precisamente el nivel que hoy se vuelve a considerar prioritario para reordenar mejor la sociedad. Ya adelantamos que en este primer nivel es preferible hablar de promoción, educación, protección y potenciación de la solidaridad, antes que de gestión por parte del trabajo social. Ascender un peldaño y apuntar a la solidaridad de niveles intermedios en ONGs, centros de servicios sociales públicos o agencias, significa también coordinar variables organizativas y de gestión necesarias. Y alcanzar el máximo nivel de la solidaridad organizada, según los últimos datos, parece estar vinculada con la eficacia de las campañas de captación de voluntarios y de recaudación de fondos, además de aquellas otras funciones de gestión desempeñadas normalmente por profesionales pagados.

El reconocimiento social del que-hacer profesional circunscrito al ámbito de la solidaridad informal, sería un paso positivo por parte de la Admón. si queremos creernos la seriedad de los cometidos de apoyo y animación de la solidaridad primaria, por parte de los trabajadores sociales desde los Servicios Sociales de Base. Lo afirmado por la Admón. no significa sino que los trabajadores sociales de hoy tienen reconocido su originaria actuación en nuestros días. Ahora bien, es necesario añadir, que la propia Admón. no puede evaluar su 'productividad' como lo hace con un médico, docente o enfermera. El propio método del trabajo social es capaz de ofrecer a la Admón. modelos de evaluación del trabajo profesional desempeñado y que deberían tenerse en cuenta.

Lo que ha ocurrido históricamente para llegar a este punto de tímido reconocimiento público del trabajo social originario, no es tan difícil de entender: a la lucha de los hombres por conseguir trabajo, ha seguido aquella otra de lograr compensaciones laborales y asistencia pública. Ahora volvemos a acordarnos de la solidaridad primaria y de la fragilidad cuando se resquebrajan las unidades de la estructura social primaria. El trabajo social sería el mecanismo revitalizador del último peldaño, del reducto privado y femenino, cuando lo público (asistencia pública y servicios sociales públicos) no goza de buena prensa.

Revitalizar hoy el trabajo social situado en el escalón inferior, no es ni más ni menos que propiciar el reconocimiento de su labor profesional, de-

sempeñada en la mediación de las relaciones íntimas, privadas, y habiendo acumulado a través de los años un bagaje capaz de hacer posible la existencia progresiva de la justicia allí donde no ha hecho apenas acto de presencia.

De no producirse una claro pronunciamiento de la Admón. en apoyo del trabajo social originario, seguiríamos manteniendo la clásica división entre razón pública y razón privada; espacio público (hombre) y espacio privado (mujer); razón teórica y razón práctica (Kant), solo que esta última resultaría interesada para el hombre¹¹ por mantener su estatus, su poder, sus privilegios. Paralelamente se habría creado por el hombre y confirmado hoy un espacio: espacio informal, solidario, compasivo, del cuidado, y "dominado" por el quehacer natural profesionalizado del Trabajo Social. En otras palabras que el hombre sería a lo público como la mujer a lo privado justificando de este modo la relación entre Trabajo Social y gestión-animación de la solidaridad. ¡Todo un negocio para la Admón. de la solidaridad! que cumpliría así con los fines propuestos por la política social de cualquier gobierno.

Cuidar ancianos, niños..., no han sido trabajos propiamente tales; tradicionalmente realizados por las mujeres y como expresión, se decía, de su natural disposición a cuidar de los suyos. En definitiva, ejercicio de solidaridad privada y de mujeres, sin retribución económica alguna.

En el supuesto de que aceptáramos el reto: que el Trabajo Social per-

maneciera en el espacio de la solidaridad primaria, deberíamos fijar 'límites irrevasables', funciones profesionales precisas, programas individualizados y flexibles, lenguaje y filosofías diferentes a las del intercambio contractual, criterios y previsiones científicas. Para lo cual deberíamos contar con toda aquella serie de reflexiones que ha acumulado la práctica del Trabajo Social y que no siempre se han transmitido por las propias protagonistas profesionales. Nos referimos a las reflexiones al hilo del cúmulo de experiencias profesionales capaces de provocar directrices que orientaran tanto a los trabajadores sociales como a los sujetos protagonistas de las relaciones sociales más personales.

Conseguidos los derechos civiles, políticos, y en proceso todavía los derechos sociales, quedarían por nombrar y preservar los espacios de la solidaridad primaria, la fragilidad y la relación íntima como la caja fuerte de seguridad que encierra las claves del desarrollo de nuestra personalidad¹². Sin embargo intuimos que el lenguaje debe cambiar para contemplar en igualdad de condiciones a quienes son sujetos de la fragilidad, el cuidado y la solidaridad. Por eso mismo no me atrevería a afirmar sin más que la asistencia social y los servicios sociales deban detenerse allí donde comienza el espacio de la caja fuerte, de la intimidad. Y no se haría para dominar sino para revitalizar y restaurar el espacio privado, como ámbito que por ser tan necesario no admite discusión. No se trataría de sustituirlo por servicios sociales y asistencia social, sino de

preservarlo en sus reglas y lenguaje de aquel otro cuyas normas son estrictamente contractuales. Si añadiríamos que, por tratarse de espacios donde no tienen la misma vigencia los derechos cívico-políticos y hasta sociales, no constituyen por ello el escalón inferior, privado y femenino por antonomasia. Aquel escalón interesa cada vez más al conjunto de la sociedad, y se tienen datos de que comienzan a ser los hombres protagonistas de semejante espacio por el cambio de las condiciones socio-laborales.

Lo cierto es que a la mayoría de las personas, aquellos problemas que más les preocupan, son aquellos que tienen que ver con su vida privada diaria. Y aquellos problemas que son atendidos por profesionales tan cercanos a ellos mismos, como los trabajadores sociales, médicos de familia y sacerdotes, se resisten los vecinos a que cambien. Es un claro reflejo de la necesidad de las citadas profesiones y de la vinculación que se establece entre los mismos y los vecinos, por razones tan obvias como el compartir problemas y en alguna que otra ocasión soluciones definitivas o soluciones a medias. No es fácil ver cómo trasladan a tu médico de familia, al maestro o profesor de tu hijo; se han compartido muchas preocupaciones con ellos, y con ellos se va buena parte de las claves de nuestra existencia. Es cierto que pueden quedar los informes escritos, pero también es verdad que se van las experiencias e información vivida.

Se llega a difundir entre la población que determinadas relaciones

aunque estén profesionalizadas, no pueden gestionarse administrativamente como se haría con un almacén de pedidos.

Los profesionales del trabajo social, precisamente por la proximidad a los ciudadanos que atienden, han combinado el conocimiento detallado y minucioso de las relaciones familiares y vecinales con la normativa administrativa que se les exige en la mayoría de los casos. Ahora bien, en muchas ocasiones, en aras de su responsabilidad profesional, han tenido que adaptar las normas y el conocimiento o saber disciplinar a las circunstancias. Sería enojoso por eso mismo para el trabajo social tener que supeditar las soluciones que como profesionales contemplan in situ, con la sujeción a instancias superiores administrativas. Aunque sean en ocasiones profesionales del trabajo social quienes ejercen la 'función administrativa superior', no cumplen por ello con el objetivo de aproximarse con el mínimo control a la solidaridad existente en la vida cotidiana. En el mejor de los casos gestionan el cumplimiento de unas normas administrativas que intentan adaptarse a la realidad de los hechos; basta con ver los formularios del salario social a rellenar por las diversas partes. Y precisamente por ser profesionales, han de ser capaces de actuar como tales teniendo como referente la norma "universal" sin dejar por ello de aproximarse al máximo a quienes son protagonistas de las situaciones concretas. Toda una demostración de arte social para unos y no tanto quizás de ejercicio técnico-científico para otros, y

menos todavía de control administrativo para los terceros.

Pero, ¿qué problemas habrían de existir si establecemos las normas de tal manera que los trabajadores sociales no tengan sino que seguirlas fielmente? Problemas... puede que desaparecieran administrativamente por haberlos superado, y por el contrario siguieran existiendo socialmente porque encontramos dificultades metodológicas. Ahora bien, lo que se plantea aquí no son falsas soluciones, como el mero control y selección administrativo, sino aquellas que fueron originales en su día y que hoy pueden seguir siéndolo si decimos con exactitud dónde reside la autenticidad e identidad del trabajo social, en relación con la potencialidad que encierra el tejido social más íntimo respecto de los problemas sociales.

Debemos entender que el trabajo social no va a alimentar sin más solidaridades exclusivistas y autoayudas, en aras de proyectos extensibles después a otras latitudes (determinadas discriminaciones positivas tales como viviendas sociales sólo para gitanos o cánones laborales para mujeres, inmigrantes, etc.). La compleja ingeniería social necesita de quienes hacen posible el arte combinatorio de lo justo con lo hasta ahora marginal, privado, doméstico e irrelevante, según el pensamiento tradicional. El profesional del trabajo social precisamente como neutral, imparcial, está capacitado para hacer de cada caso una lectura completa. Queremos decir que es ella/él quien conoce los entresijos de la gente, el significado de cada una de las

solidaridades primarias que nos hacen diferentes, y social y públicamente iguales. En la intimidad de las solidaridades primarias actúa el trabajador social especialista de la cirugía y microcirugía social. Combina variables de cuidado, dependencia, sueños y planes, deseos y sentimientos, necesidades y valores, como resultado de meses y años de haber escuchado y acumulado frases semejantes que no siempre dicen lo mismo. Para descifrar tamaño lenguaje se necesitan años de atenta experiencia profesional, que capta analizando los matices y recuerda experiencias. Matices que moldean la personalidad socialmente autónoma desde la fragilidad, desde la dependencia íntima que nos hace solidarios primariamente y nos puede educar para la sociedad. Es por ello que el trabajo social tiene en sus manos, la fuente misma de la vida social (¿Recuerdan Hábitos del corazón de Robert N. Bellah, Richard Madsen y otros?), las claves de ese siguiente capítulo en la historia de muchas personas.

Quisiéramos llegar a demostrar que la visión de la profesionales del trabajo social, precisamente como mujeres subrayan la fragilidad, vulnerabilidad y dependencia, principales constitutivos de una solidaridad, hoy excesivamente calculada y masculina. Solidaridad que debe restaurarse desde el tejido íntimo, entendido éste como soporte de unas relaciones humanas de dependencia que no impliquen por principio: escasa autonomía humana, debilidad, falta de coraje, pusilanimidad y acidia. Si hablamos del

trabajo social como restaurador del tejido social primario, solidario, es para fundamentar una solidaridad entre 'iguales' que son capaces de mantener la diferencia, la autonomía; aunque es necesario advertir que la autonomía sólo la alcanzamos y la podemos mantener por provenir precisamente de la dependencia.

No se corresponden con el esfuerzo realizado las coberturas por el trabajo, de aquellos otros servicios (prácticamente inexistentes) para mujeres, que cuidan de sus hijos, de los ancianos, y que pueden añadir a su currículum la actividad laboral contractual. En definitiva, no hemos avanzado tanto como para equiparar trabajo y 'esfuerzo femenino', contrato y solidaridad primaria, cálculo y sentimientos. Claro que, en la mayoría de los casos, hablamos de personas, de mujeres, que ni siquiera se plantean poder trabajar porque adolecen de la más absoluta preparación. El trabajo social sabe precisamente de esto último, de las condiciones reales de muchas personas y quizás por eso se le quiera pedir hoy que roture el espacio íntimo de las mismas, justificando administrativamente el ejercicio profesional de los trabajadores sociales. El paso siguiente sería pedirle al trabajo social que limitara derechos y penalizara conductas que no estuvieran sujetas a las normas administrativas o de otro orden.

El trabajo social como gestor de la solidaridad primaria, no quisiéramos que se convierta en el más avanzado sistema administrativo para chantajear la fragilidad e interdependencia de los más débiles. Si además de ser pobres han de ser buenos, seguramente ele-

girán la libertad a costa de la virtud y el 'ínfimo bienestar público prestado', impuesto.

2. Trabajo social y política

No han faltado textos de trabajo social que abogaban antaño en defensa de movimientos liberadores, capaces de cambiar la sociedad. Así es como se establecía la relación entre trabajo social y política. Hoy todavía se siguen escuchando algunos ecos de los slogans transformadores, aunque el contexto ha cambiado. Sin embargo, y pesar de los cambios y transformación de las utopías, se mantiene viva la llama de conseguir la igualdad.

No hace tantos años el análisis que hacía Boris A. Lima del trabajo social comenzaba por plantearlo históricamente como "amortiguador de las crisis que ponen en peligro la estabilidad del sistema". "Como la teoría que asiste a la profesión es ideologizada, la práctica que se realiza necesariamente también tiene que ser ideologizada". Después vendría la etapa científica que tendría en cuenta el contexto y momento social concreto; la tercera etapa de Intervención en la Realidad" seguiría concibiendo el método del trabajo social como aquel que permite transformar la realidad. Nos situamos en un múltiple ámbito, en el que acontece la intervención social, y en el que tanto relieve adquiere lo social como lo económico o lo político. Pero es que además puede nutrirse tanto de las ciencias sociales como de la solidaridad. Y esta última ligada al espacio social como espacio protegido

donde actuar tutelarmente regenerando a los más desfavorecidos mediante soluciones individualizadas para las mujeres y niños de las clases trabajadoras. Es lo que ocurría en los albores sistematizados del trabajo social.

El espacio social protegido como espacio solidario forma parte de un espacio más amplio, el espacio de la política social, en el que se combinan muy diversas solidaridades. Solidaridades formales e informales, universales y concretas, públicas y privadas, y entre éstas últimas las que se producen con ocasión de las relaciones familiares, de vecinos y amigos, junto a aquellas otras del sector público y privado. Luego estamos en unas coordenadas de solidaridad, Estado y mercado, y en la búsqueda de fórmulas que consoliden los tres componentes básicos acabados de mencionar¹³.

El espacio solidario del Trabajo Social, como espacio histórico de lo privado, íntimo y vital, se fabrica sin la rigidez de las categorías a priori, haciendo posible los encuentros con la gente, con las personas, permitiendo reanudar de continuo, conversaciones interrumpidas. Es como se gana la confianza, surge la amistad y el afecto. Se trabaja profesionalmente con lealtad y con disciplina, con esperanza y firmeza, y sin aceptar el 'destino inevitable'. En otras palabras, se trata de profundizar en las relaciones humanas y circunstancias contextuales que las definen; se trata de respetar las diferencias y de lograr la participación de quienes se esfuerzan al mismo tiempo por la adaptación.

El Trabajo Social habría comenzado a actuar, a transformar la reali-

dad desde el individuo, para seguir después desde los grupos y la comunidad. Un reformismo solidario, que por el sistema preventivo tiene todas las bendiciones para actuar sin modificar para nada el sistema social. Así es como nacía teórica y sistemáticamente el Trabajo Social, a partir de la reformadora social y feminista sufragista Mary Richmond. Una mujer, Mary Richmond enfrentada en ocasiones a las feministas radicales y defensora de la igualdad participativa en oposición al patriarcalismo.

La estrecha relación entre solidaridad y Trabajo Social se pone de manifiesto incluso en la New York School of Filantrophy fundada en 1905 por Mary Richmond. Estrecha relación entre el Trabajo Social y la solidaridad que conecta con la política, desde el momento en que aquel sirve de apoyo para mantener el poder de las clases dominantes, integrando a los más desfavorecidos de las ciudades.

La feminización del Trabajo Social seguiría siendo un hecho cuando toma fuerza el movimiento feminista como movimiento de liberación¹⁴. Precisamente este último adquirió tintes político-liberadores, entendidos de modo colectivo, como lucha de grupo, allí por los años setenta. También el Trabajo Social buscaba un compromiso con los más desfavorecidos, llegando a la militancia política. Y algunos años después todavía nos encontramos con textos significativos que abogan por la transformación colectiva: "El Trabajo Social ha sido y es un instrumento de las clases dominantes para mediatizar los conflictos so-

ciales originados por la lucha de clases y las relaciones de dominación". dice Boris Lima. Bien claramente se viene a decir que el Trabajo Social ha de lograr el cambio del sistema, produciendo cambios cualitativos en la profesión, provocando así la ruptura epistemológica del Trabajo Social.

Lo que venimos a subrayar es el carácter liberador, revolucionario, transformador, político, en definitiva, del feminismo y del Trabajo Social en un pasado no tan lejano¹⁵; claro que el Trabajo Social precede al movimiento feminista. Trabajo social y política es uno de los capítulos de *El Trabajo Social a Debate* en 1977¹⁶, igual que la definición que da Ezequiel Ander-Egg del Trabajo Social al asignarle una función de "concientización, movilización y organización del pueblo para que,..."¹⁷.

Ahora bien aunque no ha sido vano el paso de los años, porque se han ido sucediendo las etapas en uno y otro caso, no han faltado nunca expresas referencias a la relación con la política. Aun cuando el Trabajo Social puede actuar en diversas áreas, no se descuida el área política en los años 90, si bien se indica la necesidad de emanciparse, encontrando lo sustancial por encima de los cambios políticos y gubernamentales. Semejante emancipación, que se aseguraba en los inicios (1990), se ha planteado como tarea investigadora de los modelos teórico-operativos, en base a las experiencias laborales que se tienen.

En la actualidad una gran mayoría de quienes ejercen el Trabajo Social son mujeres, aunque también in-

tervienen hombres, en base a programas que combinan la técnica con la política. Se trata de animadores de la comunidad, para que ésta movilice y coordine sus recursos propios en aras de la inserción de algunos de sus miembros. Los efectos provocados por la variedad de profesionales que se vuelcan activamente sobre la sociedad no se han dejado esperar: confusión y lucha entre los profesionales porque todo el mundo dice actuar para erradicar la marginación, mediante aplicación múltiple de metodologías en el ámbito comunitario. En definitiva, pensamos que el trabajo social debe recuperar protagonismo en el ámbito individual y comunitario, para lograr mayor igualdad social y respeto por la vida personal de los "asistidos".

No tendría sentido validar políticamente lo que impusiera el conocimiento e investigación del trabajo social en la relación individual. Y que conste que se puede hacer burdamente, reduciendo las relaciones a datos económicos o sociológicos, que se aproximan a la persona sin llegar a conocerla como lo puede hacer el trabajo social individual respetuoso y democrático. De prestarse el trabajo social a la tarea política de dominación de las relaciones personales, no cumpliría con el principio básico de devolver libertad y autonomía a las personas individuales.

3. Trabajo Social y Feminismo

No es ninguna novedad a estas alturas plantear la relación que a buen

seguro existe entre trabajo social y feminismo. Y ello ¿por qué?; porque partiendo de las críticas sociales de los movimientos feministas, y más en concreto de los factores subjetivos, además de aquellos otros objetivos, con que analiza la realidad como género, podemos llegar a establecer una epistemología del trabajo social feminista¹⁸. Epistemología que haría frente a la versión científica masculina; a la versión que se ha impuesto: versión dominante y realizada por hombres. ¿Entonces? No abogamos por una dictadura científica femenina, sino que deseamos conservar del feminismo "una función crítica de los prejuicios y los desequilibrios existentes en el seno de nuestras sociedades"¹⁹.

Estamos hablando de una metodología, la del trabajo social, que mayoritariamente ha estado ejercitada y puesta en práctica por mujeres. Desde Mary Richmond y antes, hasta las actuales trabajadoras sociales en cada país, es una constante la del género que no podemos dejar en el olvido. De este modo no estaría de más que pudiéramos de relieve la aportación que como mujeres han hecho a los diversos métodos empleados o no por ellas. Así comenzaba la citada Mary Richmond con el método de casos. Pensamiento débil, pensamiento femenino, jerárquicamente inferior al realizado por los hombres. Pensamiento débil, buena parte del cual se ha perdido, pero que en su día sirvió para alimentar el trabajo de los sociólogos de la Escuela de Chicago.

Lo que aquí cabe plantearse es el relieve que como género adquiere el

papel e ideología del trabajo social, puesto en práctica por las mujeres. Los más que suficientes años de andadura científica, han discurrido en contextos diseñados y definidos por hombres. Luego nadie se asombre de que en ocasiones se les haya negado rigor y método en la práctica de su profesión a la mayoritariamente femenina profesión del trabajo social. Tampoco es de extrañar que aparezca aquella reacción, puesta de manifiesto hoy en seminarios y congresos con mayoría de trabajadores sociales, de que sin ser trabajadora social, es imposible entender lo que significa el método del trabajo social. Estamos dispuestos a ser comprensivos con la reacción, pero no es serio utilizarlo como argumento impositivo, de poder, tal y como ha sido ejercido en otros sectores por el hombre. En tal caso se adoptaría el criticado rol masculino de ejercicio de poder y dominación. Nos inclinamos más por las últimas posiciones defendidas desde el feminismo²⁰: se trataría de establecer una autoridad opuesta al poder y más acorde con el trabajo social como método científico. Autoridad que se establece por conseguir soluciones concretas basadas en la relación profesional con quienes las demandan. Luego el ejercicio de la profesión no sería ejercicio de control o de policía social, tal y como llega a decir Michel Foucault en *Microfísica del Poder*, sino mediación para conseguir mayor autonomía, mayores posibilidades de suficiencia entre los más necesitados.

Las posiciones metodológicas de enfrentamiento por el género, favore-

cen un particular modo de ver la realidad por el hecho de ser mujer; luego estaríamos ante una ciencia feminista, ante un trabajo social claramente ventajoso científicamente para las mujeres. Ahora bien, sin entrar en el análisis de las autoras que defienden la posición anterior, sí que es de subrayar las muy diferentes mujeres que existen en el mundo, tantas como hombres y modos de conocer distintos. Del mismo modo cabe decir de la importancia que tienen los referentes contextuales en cualquier tipo de investigación. Así las cosas no nos queda sino potenciar, sin privilegiar y menos excluir, el trabajo social como una de las pocas prácticas profesionales, desarrolladas mayoritariamente por mujeres.

El trabajo social como metodología de género, estaría abogando por una visión de los problemas sociales que se vuelven a plantear en su conjunto sobre la base de las relaciones personales, quedando en un segundo plano los aspectos económicos, socioestadísticos y psicológicos. Claro que se dejan de lado aquellas implicaciones negativas que suponen el conocimiento y posible control de las situaciones personales que obran en poder de las profesionales del Trabajo Social. Tampoco es para olvidar el que Octavia Hill llegara a advertir de la desconfianza que existía en torno a los pobres y menesterosos; razón de más para hacer desaparecer profesionalmente semejante tópico, todavía vigente. Y por otra parte el colectivo, el género, validaría las actuaciones particulares de las profesiones, ya que

participarían como mujeres de la infalibilidad metodológica que les confiere el grupo.

¿Se trataría como antaño de hacer ciencia en base a la buena voluntad y el sentido común? ¿De la tecnificación, de la filantropía y de la caridad, hemos llegado hoy a la tecnificación y gestión de la solidaridad? Lo cierto es que antaño se trató de combinar arte y ciencia y hoy podríamos inclinarnos por perfiles psicosociales, psicoanalíticos. Pero tal y como hemos dicho no parecería acertado psicoanalizar una relación que surge de la fealdad y la confianza.

La relación humana junto a la reforma social y la investigación, como base del Caso Social Individual, lo inventan las mujeres. Conocimiento de la fragilidad y dependencia de los más débiles que procura cuidados técnicos, precisos; que desarrolla habilidades que se adquieren con notable experiencia.

El conjunto del trabajo social se construye desde aquellas señoras que visitan antaño a los pobres, pasando por las señoritas de la beneficencia, las señoritas de la caridad y las amables o amistosas visitadoras (friendly visitors); después se suceden los agentes sociales y los profesionales de la filantropía; finalmente aparecerían las asistentas sociales y las trabajadoras sociales.

El cambio de rumbo ha supuesto la adopción de modelos de trabajo social (El modelo del cambio, sistémico, de resolución de problemas, de la tarea, del proceso, de crisis, ecológico, funcionalista, de modificación de con-

ducta, de organización comunitaria, pedagógico, de necesidades-recursos, transnacional, de intervención familiar y meta-modelo) que 'superan' el modelo clásico de Mary Richmond. Sin embargo ante una solidaridad organizada (ONGs) nos queda el individuo y la familia básicamente. Ni más ni menos que lo que constituye en esencia lo originario del Trabajo social.

Podría pensarse que se trata de revitalizar sin más el histórico trabajo social de casos. Lo cierto es que ante el confusionismo profesional existente, no deja de tener atractivo volver a los orígenes. Ante las presiones de otras profesiones y métodos ávidos por psicoanalizar, economizar y sociologizar, entre otras posibilidades, las relaciones de los clientes que demandan soluciones a sus problemas, deben situarse en su contexto originario las solidaridades primarias. Esto quiere decir que nos situamos en un espacio personal pero democrático, en el que no se produce la competencia profesional y supeditación a priori del 'cliente' al saber profesional. Y añadamos que se trata de un saber profesional individualizado, pasado por el tamiz del sujeto concreto, del/la trabajador-a social, limitado también e igual al otro. Luego no sirve ni la imposición profesional en la relación personal ni la imposición de la solidaridad comunitaria. Es de suponer que en la citada relación el interlocutor tendrá alguna representación de sí mismo y de lo que es la comunidad. ¡Habrà que averiguarlo! y es tarea del Trabajo Social respetar la representación si queremos iniciar nuestro quehacer profesional.

La revitalización del trabajo social desde el feminismo supondría primar lo individual y potenciarlo, sin traicionar desde la relación científica y administrativa lo que constituye la base de cualquier progreso humano. La imposición científica supondría la total acomodación de las relaciones personales al modelo de trabajo social puesto en uso, sin tener en cuenta el conjunto de variables que definen al individuo en situación. La supeditación administrativa quedaría definida por el único y exclusivo cumplimiento de aquellos indicadores socio-económicos que establezcan las instituciones públicas. Y el progreso humano sería un avance en lo material pero también un adelanto ético-político por alcanzar mayores y más universales niveles de reconocimiento de aquello más personal, relacional, que nos pertenece y nos constituye.

La revitalización desde el feminismo de lo personal, vital, individual podría estar abogando por una utilización en el trabajo social de aquellos "valores" más femeninos que masculinos: la discreción, la ternura, la receptividad, comprensión, la paciencia. Incluso la sumisión, siempre vinculada a la mujer, en el nuevo contexto podría dar más juego y revelarse como el método más adecuado para progresar y salir de situaciones complejas y difícilmente equiparables a las tipificaciones administrativas²¹. Luego el espacio personal sería el espacio continuamente reconstruido por el trabajo social, reconocido y respetado públicamente, y en disposición para hacerse una fenomenología del trabajo social sobre el mismo.

La razón de que no hayamos establecido competitividad y dominio en el espacio íntimo, es precisamente el modo de dar entrada a una perspectiva feminista, que es capaz de reflexionar desde la "debilidad" y la "sumisión" sólo que ahora para introducir flexibilidad, acomodación inteligente, creatividad en la familia, entre los vecinos y más próximos, allí donde los problemas se viven día a día. No se trata por tanto de desarrollar un trabajo social hecho con retazos de debilidad, sumisión y negatividad. Más bien se trata de hacer fuertes, prácticas que la cultura dominante del hombre las ha considerado débiles o inservibles. Es más, se trata mediante el trabajo social de hacer universalizable su método desde lo concreto e individual 'solucionado'²². Algo así como disponer de un amplio muestrario de técnicas y habilidades para las distancias cortas, de las relaciones humanas, en las que hay tener suficiente bagaje práctico y una sólida formación, capaz de sintetizar lo que difícilmente harían un buen teórico o un buen práctico separadamente. Hablamos de lo que puede resultar para hoy y mañana y que habrá que revisar y recomponer seguramente pasado mañana. En tal sentido vinculamos trabajo social con feminismo, más apto éste que la cultura del dominio para ser práctico, y no idolatrar tanto la norma; concreto y tener en cuenta la universalidad tan sólo para no dejar a nadie de lado.

La vinculación que hacemos entre trabajo social y feminismo, no nos sitúa en una razón con minúscula. Nos coloca ante el reto de racionalizar

sin instrumentalizar, procurando que lo subjetivo se vuelva objetivo, precisamente por el esfuerzo metódico del trabajo social. Estaríamos poniendo en práctica la racionalidad de lo disperso, donde no se impone sino que se acompaña, se escucha y compadece, se respeta la intimidad al mismo tiempo que se lucha para que individualmente gocen también de ella las mujeres. Se trataría del habitáculo gracias al cual muchos seres humanos recobrarían su dignidad, un espacio ético que supondría el progreso humano de quienes necesitan ayuda. Ahora bien, ha de quedar claro que superamos el asistencialismo, el verdadero pensamiento débil, por medio de la creatividad, la actividad, afirmación, presencia y plenitud. Y el deseo de que así suceda en las relaciones más personales, con los demás. Estaríamos construyendo la solidaridad, como dice Rorty, mientras se construye el mismo "nosotros". "Debiéramos tener en la mira a los marginados: personas que instintivamente concebimos aún como "ellos" y no como "nosotros"²³.

Me atrevería a decir para acabar este punto, que el trabajador social sería el Demiurgo de la solidaridad, quien hace técnicamente posible que existan las circunstancias adecuadas para que surja y se desarrolle la solidaridad. Luego un técnico de la solidaridad y no exactamente un gestor de la solidaridad. En definitiva, el artífice capaz de transformar sin objetivos políticos, la misma relación que a no pocas mujeres, y menos hombres, las ha situado en la exclusión. Artífice para otras mu-

jeros y otros hombres, que por no disponer siquiera del tejido de relaciones íntimas, habrá de ser el mediador para facilitarles acogimiento y solidaridad; y mediador de tantas y tantas situaciones intermedias que cada vez más se producen en nuestra sociedad, y que se abandonan al ámbito privado sin que se ejercite la justicia.

4. Voluntariado y Trabajo Social

Establecer la relación entre voluntariado y trabajo social es tanto como vincular al primero con el segundo por semejantes motivos por los que se relacionaba trabajo social con vida privada y solidaridad. El término feminismo lo hemos introducido para defender el derecho a la intimidad individual al mismo tiempo que para hacer posible el reconocimiento de quienes se esfuerzan por percibir y satisfacer necesidades concretas en el clima íntimo donde se ordenan los sentimientos; donde se establecen las prioridades sin la necesidad de abandonar principios que orienten las soluciones en cada caso. La relación entre feminismo y trabajo social nos puede iluminar sobre cómo progresar metodológica y moralmente, allí donde se requieren soluciones ad hoc porque el tejido de las relaciones íntimas se ha deteriorado o bien porque no existe. Es decir, que se trata de razonar desde la responsabilidad y la puesta en práctica del trabajo social lo que se cifra en autonomía y lo que debe completar la justicia. Con otras palabras, el trabajo social ha de servir de guía para decidir

cuándo interviene el voluntariado social, la Admón. y la justicia finalmente.

Para que el ámbito de la solidaridad privada sea también espacio de autonomía e igualdad al mismo tiempo, se han de "pagar" o reconocer públicamente determinadas actividades, las hagan las mujeres o los hombres. Mientras que el voluntariado social, como espacio de solidaridad reconocida y pública, cumpliría con los fines y objetivos de favorecer la autonomía de quienes tienen dificultades dependiendo de la solidaridad de los suyos, o bien no disponen de ningún tipo de solidaridad, por no tener familia o no tener ésta condiciones para ejercitarla.

Los datos más recientes del CIS nos indican que el 80% de los españoles que cuidan a un anciano piden que se les retribuya por esa labor, mientras que un 64% también solicita servicios de ayuda a domicilio. Ahora bien la opinión está dividida a partes iguales entre los que son partidarios de que el Estado asuma las tareas que el cuidador presta (42%) y los que piensan lo contrario (41%). Claro que se sugieren otras soluciones: deducciones fiscales (24%), reducción de la jornada laboral en las empresas (20%). Ahora bien entre las varias opciones a escoger el 90% opinan que el cuidar a un familiar constituye una obligación moral.

La fuerza metodológica del trabajo social estaría aquí en cifrar las previsiones de autonomía que pueden deducirse de unas determinadas circunstancias, a partir de las cuales se decidiría profesionalmente sobre el modo concreto de actuar. En las mis-

mas previsiones estaría contemplado el espacio que es capaz de producir solidaridad entre quienes mantienen relaciones íntimas. En caso contrario, después de haber llevado al límite de su potencialidad al tejido primario, intervendría lo que se entiende como responsabilidad profesional de actuar mecanismos externos, tales como los citados: justicia, Admón. y voluntariado social. Sin embargo las cosas no parecen tan simples cuando sabemos que el prototipo de cuidador es una mujer mayor de 45 años, sin estudios, casada y ama de casa; precisamente la hija que cuida al anciano, y que lo hace por iniciativa propia (59%), por determinación familiar (18%) y porque era la única persona que podía hacerlo (15%). Luego se pone de manifiesto que la mujer debe renunciar más que nadie para cuidar de los ancianos. Lo que decimos es referido a los ancianos; pero si hablamos del cuidado de los niños, incluso de tener niños, se sigue planteando siempre el problema de la asistencia del derecho en tales legitimidades del individuo, la pareja y la familia. Por eso mismo la llamada "gestión" de la solidaridad privada atendería situaciones concretas que hemos dicho que son predecibles (lo están siendo estadísticamente hablando), interviniendo el derecho para convalidar las decisiones tomadas por los trabajadores sociales. Decisiones que entendemos no vinculan a priori al derecho, pero que sí han de computarse en el conjunto combinatorio de lo concreto-universal.

La aparición en escena del voluntariado social ¿qué sentido tiene? A

tenor de lo que venimos diciendo podría pensarse que crea falsas expectativas en personas que, o bien necesitan objetivamente de los demás o se han acostumbrado a depender del resto. En ambos casos sería el voluntariado garantía de continuidad y hasta de mejora de sus condiciones, mientras la administración, a través de los trabajadores sociales, se convertiría en gestora de la solidaridad, de la responsabilidad de los demás, de la solidaridad pública no estatal. Y hacemos constar que se trata de gestionar la solidaridad pública no estatal, no de gestionar una solidaridad moldeable por las responsabilidades y programas de la Admón. También es cierto que el trabajo social sería el encargado de ir diseñando un cierto mapa de referentes para que las personas no se crearan las falsas expectativas que hemos mencionado.

La sustitución de la responsabilidad en el tejido íntimo, en el espacio privado por el voluntariado social, mantendría la distinción jerárquica entre quienes producen y quienes cuidan a los productores, o los que deben ser ayudados o sustituidos para cumplir con las supuestas responsabilidades habidas en el espacio privado. Si históricamente lo han hecho las mujeres por haber desarrollado más el cuidado y la solidaridad familiar, no es el caso ahora intentar dignificar o apoyar sin más lo que siguen haciendo muchas de ellas; y si por añadidura el trabajo social, por ser mayoritariamente ejercido por mujeres, hubiera de convertirse en gestor de la solidaridad, habríamos cerrado un círculo 'perfecto'.

Los numerosos fallos existentes en la ordenación de la sociedad y la contemplación que hace de la misma la justicia, hacen comprensible la existencia del voluntariado. Sin embargo el fundamento racional brilla por su ausencia. Si el ámbito de la solidaridad es el ámbito privado, y en éste último espacio se necesita resolver necesidades porque no hay quien lo haga o porque no alcanza más quien se siente responsable, entonces el voluntariado social constituiría la prolongación de la solidaridad primaria. Se seguiría manteniendo la división jerárquica anunciada con anterioridad, y por medio del trabajo social se desarrollaría la gestión en el ámbito de la intimidad.

¿Qué hemos avanzado entonces sin mantenemos la diferencia entre las responsabilidad pública, la responsabilidad civil o voluntariado social no estatal, y la solidaridad primaria del espacio íntimo de las personas? Básicamente estamos avanzando en diferenciar el perfil de unos (Admón.) y otras (ONGs y solidaridad primaria) además de comenzar a entrever que no son aconsejables mezclas (Programas de responsabilidad pública desarrollados por el voluntariado social). En último caso hemos de estar atentos a las prácticas sociales de quienes libremente actúan como voluntarios aunque empujados por razones y ventajas.

El avance está consistiendo en saber que en los espacios privados, falla la solidaridad primaria, no se produce autonomía e igualdad al mismo tiempo, y se plantean problemas que exigen el reconocimiento público. Y en

relación con el trabajo social más histórico, este vuelve a recobrar su fuerza por la presión que ejerce sobre la justicia para que ésta reconozca derechos en el ámbito privado. Los derechos parecen tender a combinarse con las responsabilidades allí donde estas últimas agotan sus posibilidades; allí donde las responsabilidad del hombre o mujer ha llegado, según el trabajador social, a su techo máximo. Luego el trabajo social sería el más idóneo mediador entre la responsabilidad pública y la privada individual; y mediador de las soluciones en las que intervenga la solidaridad privada, pública y estatal. El trabajo social estaría metodológicamente avanzando por hacer predecibles niveles de responsabilidad según determinadas circunstancias. Se actuaría preventivamente adelantándose a lo que serían medidas asistenciales de carácter urgente y que suelen tramitarse administrativamente. Por contra, el análisis de los casos concretos desde el trabajo social, sería capaz de alertar de las pérdidas de autonomía, de libertad, por sobrepasar los niveles aconsejables de solidaridad con los propios o con los demás. Y estaría creando una cultura de la solidaridad, que por la praxis indicaría qué debemos y podemos esperar, amén de lo que debemos hacer. Una cultura de la solidaridad, desarrollada por el trabajo social a medio y largo plazo.

Ahora debemos aclarar quiénes son los voluntarios en Europa para saber a qué atenerse. Aunque sea por curiosidad nos podemos plantear hoy si los voluntarios son mujeres, si lo hacen

por aquel espíritu tradicional de preservar los lazos íntimos de solidaridad, y finalmente si se sienten satisfechas.

El voluntariado en Europa hoy, según los nueve países estudiados (Bélgica, Bulgaria, Dinamarca, Gran Bretaña, Alemania, Irlanda, Holanda, Eslovaquia y Suecia) mantiene un cierto equilibrio entre los sexos: Bélgica (27% hombres y 35% mujeres), Bulgaria (21% hombres y 18% mujeres), Dinamarca (29% hombres y 27% mujeres), Gran Bretaña (31% hombres y 36% mujeres), Alemania (18% hombres y 17% mujeres) Irlanda (28% hombres y 24% mujeres), Holanda (43% hombres y 34% mujeres), Eslovaquia (12% hombres y 12% mujeres) y Suecia (38% hombres y 32% mujeres) establecen algunas diferencias significativas en cuando a los porcentajes de hombres y mujeres voluntarios.

En Europa las edades en las que se aprecia mayor número de voluntarios son: 45-54 años (32%), 35-44 años (28%) y 55-64 años (el 27%).

Las razones por las que ejercen el voluntariado los europeos son: el 40% lo hacen por necesidades propias y por disponer de tiempo libre el 26%. Los beneficios que les proporcionan a los voluntarios la actividad como tales: diversión el 51%, y conocer gente y hacer amigos el 36%. Los inconvenientes de la actividad voluntaria: para el 21% son cosas que podrían estar mejor organizadas, para el 17% son esfuerzos no siempre apreciados, y para el 43% ninguno de los que se citan.

Y finalmente aquellos sectores que aglutinan al mayor número de voluntarios en Europa son: ocio y depor-

te el 28%, servicios sociales el 17% y educación el 17%; mientras que los tipos de actividad que han desarrollado son: recaudar dinero 27%, trabajo comunitario el 26%, visitar y ofrecer amistad el 21% y otros el 21%²⁴.

A la luz de semejantes resultados, quedan aclarados algunos tópicos, y debemos reflexionar sobre aquellos espacios en los que tradicionalmente se ha ejercido la solidaridad. Ahora parecen haber cambiado notablemente los escenarios y no necesariamente tenemos garantizada una continuidad en el ejercicio de la solidaridad.

La relación entre trabajo social y voluntariado como expresión de solidaridad, nos indica que el voluntariado se está expresando de diversas maneras; luego la supuesta gestión de la solidaridad desde el trabajo social habrá de tener en cuenta la diversidad o existencia de solidaridades. Tanto si se trata de gestionar como de servir a la solidaridad, es necesario analizar, siquiera someramente, aquellas modalidades de voluntariado estrechamente relacionadas con la práctica del trabajo social y de los servicios sociales. Y en el análisis habremos de ponderar lo que es objeto de gestión, qué puede serlo, y lo que puede constituirse como objetivo de desarrollo y potenciación propiamente dicha de la solidaridad.

5. Manifestaciones de la solidaridad y trabajo social

Como quiera que la solidaridad humana parece mostrarse de muy di-

versas maneras, la posible promoción desde el trabajo social habrá de seleccionar aquellas formas de la misma que más convengan al interés de la comunidad. Incluso podría tratarse de intervenir en partes del proceso solidario total, garantizando las expectativas asignadas a los tramos señalados por los trabajadores sociales. Ahora bien, aunque no cabe duda de que la solidaridad necesita de apoyos estructurales que es necesario organizar y gestionar, pensamos que el trabajo social deberá estar reservado para intervenir en lo que es la dinamización propia de la solidaridad. El trabajo social, por ejemplo, deberá armonizar y educar motivaciones primarias diferentes que han movido a muchas personas a actuar como voluntarios en programas e instituciones bien distintas. Aquí precisamente es donde encontramos la conexión entre trabajo social y ámbitos privados, familiares, de amigos y vecinos: en dicho espacio se gesta el origen del sentimiento solidario y su posterior desarrollo. ¿Habrá que saber entonces algo más sobre la solidaridad y lo que la mueve hoy? Supongo que sí, porque si no difícilmente podremos dinamizar o mediar entre quienes, por razones y motivaciones diferentes, actúan voluntariamente.

No hemos de olvidar tampoco que las manifestaciones solidarias, de igual modo que cualquier otra actividad humana, pueden formar una red, potenciando de este modo las diversas experiencias, medios, comunicación, etc. En este sentido el trabajador social sería de utilidad que interviniera

para seleccionar aquellos elementos que favorecen los intereses de quienes forman la red solidaria de autoayuda o heteroayuda. Se pueden dar semejantes manifestaciones de solidaridad en diversos sectores, tales como la salud, la educación, la formación para el trabajo, etc. La intervención profesional del trabajador social para potenciar la organización, y autogestión o gestión compartida, según los casos, sería de gran utilidad si las manifestaciones de solidaridad se prestan a tales planteamientos²⁵.

Precisamente haremos referencia a que los lazos familiares, de amistad, vecindad constituyen esa primera trama que después será superada por organizaciones más complejas. Pero conviene saber que determinadas relaciones solidarias, de amistad por ejemplo, tienen hoy una serie de condicionantes que la definen. Desde luego que no es tan libre la amistad como podría pensarse, igual que su papel en la organización social, su utilidad, y significación social; también intervienen "Elementos tales como el lugar y el tipo de trabajo, el vecindario o la localización geográfica, la situación doméstica o la movilidad social que inciden directamente en el número y las características de los amigos que tenemos o podemos elegir. Eso sin contar con el sexo o la edad (separados o conjuntamente) y el status familiar"²⁶.

El río de la solidaridad, con sus diferentes ramificaciones, lo hacen posible los seres humanos claro está, pero en segunda instancia, son los trabajadores sociales los que pueden hacer crecer o disminuir su caudal,

mientras el cauce es un cometido de organización y gestión. El cauce principal lo surca la solidaridad, la comunicación, el acompañamiento, la coincidencia a pesar de las diferencias, la justicia como corriente principal que subyace a la superficie. El trabajo social ha de educar, construir hábitos, enseñar un lenguaje que permita entendernos mejor, vivir consiguiendo autonomía y ayudando a quien la tiene en menor grado.

La organización de la solidaridad humana y de la clase política que da preeminencia a unos proyectos y no a otros, saliendo al paso de la complejidad que encierra tal empresa, ha de ser vigilada por los trabajadores sociales para dictaminar si se consiguen los objetivos, si la gente vive mejor objetivamente. Y vivir mejor objetivamente consiste precisamente en disponer de lo necesario. Si no hay tal, si no existe el pan y el agua como elementos de supervivencia individual y metáforas para la solidaridad colectiva, no es posible nada. "Nada es posible, ni la cultura, ni la ética, ni la educación, si no se lucha antes por la *política de lo necesario, por la política de la vida*"²⁷. La necesaria superación de los lazos familiares para sobrevivir es un hecho, y más cuando la complejidad que han adquirido las formas sociales se impone como realidad. Primero fue la comprobación de que no podíamos vivir solos; después o al mismo tiempo se comprobó que compartir, ayudarse, resultaba útil para todos. Así es como se llegaron a tener experiencias comunes acumulándose en el recuerdo común gracias a la comunicación. La

cooperación, la concordia, la ayuda mutua, fundan junto a la utilidad la comunidad. Por eso mismo no resulta fácil entender sin beneficios la solidaridad, lo que no quiere decir que haya de buscarse primordialmente la recompensa. Por todo lo cual es necesario conocer el proyecto común que perseguimos, cómo y quien jerarquiza la utilidad más próxima a la solidaridad, y quién gestiona los componentes útiles.

Intentamos ceñirnos con lo dicho hasta aquí a tres cuestiones básicas: que la solidaridad es difícilmente separable de la utilidad, del interés o que es una combinación de la herencia genética y la educación cuando no de la situación concreta; que la solidaridad tiene componentes jerarquizables y gestionables, y que el trabajo social debería elegir el desarrollo y promoción de los aspectos más solidarios que nos constituyen como seres dependientes.

El trabajador social como mediador, debe buscar y encontrar formas de solidaridad útiles al mismo tiempo, teniendo presente que las respuestas, las contestaciones pueden ser muy diversas. Lo importante es que haya respuesta, acción, que existan contrapartidas. Aunque lo podamos intentar no es fácil predecir las manifestaciones de solidaridad. Su propia diversidad es una manifestación de su trascendencia, de su no agotamiento en una sola de sus expresiones.

Desde el principio nos hemos inclinado por el trabajo social como mediador de las relaciones más personales allí donde se produce la soli-

daridad primaria; sin embargo caben solidaridades diversas que suscitan interés, curiosidad y preocupación. Se trata de saber lo que es organizable, gestionable, programable. Pero también nos conviene saber que al ordenar se pueden producir efectos negativos sobre lo ordenado, sobre la solidaridad.

La mera gestión de la presumible solidaridad pública, podría dar que pensar. Si el objetivo de la gestión ha de consistir en hacerla más eficaz, en potenciarla, estaríamos alimentado de paso la propia organización y gestión: en definitiva que saldría ganando la institución-organización y una cierta cultura de la solidaridad, beneficiosa también para los sujetos concretos.

Siempre y cuando la gestión de la solidaridad permita a quienes la reciben sentirse más autónomos, libres, iguales, aquella tendrá una razón de ser para ser gestionada. En caso contrario podríamos pensar que la gestión de la solidaridad acabaría ensimismada e improductiva e inútil. Es la razón de que los medios de comunicación se vayan haciendo eco de planteamientos más críticos para con aquellos que desean gestionar la solidaridad ajena²⁸.

No es extraño que en determinadas épocas del año la solidaridad se ejercite como una moda, y que haya modas que deseen perpetuarse. La solidaridad veraniega de no pocos estudiantes universitarios, o aquella otra siempre permanente de la cooperación, estarían en la línea de perpetuarse, y hasta de convertirse por la 'eficaz' gestión en paradigmas de

profesionalidad, y por supuesto, en modelo para el trabajo social. Las modas de verano con "innumerables bandadas de jóvenes blancos bien alimentados sienten el corazón inflamado de amor a los pobres y vuelan con la mochila repleta de medicinas hacia los lugares más deprimidos de la tierra". Podrían pasar años sin modificarse lo más mínimo las condiciones de los 'beneficiarios', mientras los benefactores se sienten salvados y satisfechos.

Lo que llegamos a intuir es la necesidad de profundizar en la solidaridad, distinguiendo formas altruistas esporádicas: un accidente de carretera, formas de ayuda familiar (atender a un familiar enfermo), formas públicas permanentes estatales y no-estatales (colaboro con un programa de animación para disminuidos tres horas semanales en una organización). Pero subyacen razones y motivaciones que mueven a las personas solidarias ¿Cuáles son? ¿Qué hemos de gestionar y cómo hacerlo, para garantizar la conservación de la solidaridad más útil para todos, y sobre todo para los más débiles?²⁹.

En la clasificación anterior de las formas solidarias comprobamos que hay una gradación: formas esporádicas, semi-esporádicas (familiares) y permanentes (estatales y no estatales). Sin embargo se pueden distinguir al mismo tiempo las formas solidarias en el ámbito de la proximidad y lo privado (vecinos, familiares, amigos) o locales; y las formas solidarias universalistas (Amnistía Internacional, Greenpeace, Médicos sin Fronteras); na-

turalmente cabrían las expresiones de solidaridad intermedias o autonómicas, interautonómicas y nacionales.

Faltarían por citar los contenidos de las nuevas formas de expresión solidarias, amén de las diversas estructuras organizativas y jurídicas que adquieren las entidades voluntarias³⁰. De entre los contenidos de las nuevas formas de expresión solidarias destacaría la labor realizada por expertos en terapia ocupacional que junto a otros profesionales (médicos, enfermeras, etc.) se han ocupado en la antigua Yugoslavia de hombres y mujeres que necesitaban recuperarse de tantos horrores vistos y padecidos. También conocemos a personas mayores jubiladas, de notable preparación, que ponen a disposición de las nuevas generaciones sus conocimientos empresariales y sus redes de comunicación e influencia (CONEX. Fondo de conocimientos y experiencias) o los seniors españoles para la cooperación técnica (SECOT)³¹. La Confederación Española Aulas de la Tercera Edad que colabora con la Federación Española de Amigos de los Museos (FEAM) formando a personas mayores de 60 años para enseñar los museos españoles. La Associació Amics de la Gent Gran, nacida en el 87 como ONG laica y apolítica, que dedica su atención a las personas mayores que están solas. Más conocida es la solidaridad de quienes participan como técnicos o marítimos en Greenpeace, o de aquellos otros que lo hacen en Madrid Cataluña y otras comunidades colaborando voluntariamente en la guarda de bosques o en la extinción de incendios. En estos últimos casos han sido

los medios de comunicación quienes han hecho llegar hasta el último rincón de la sociedad la necesidad de respetar y mantener el equilibrio en la naturaleza. También subrayamos las experiencias en la llamada economía alternativa y solidaria, promovida por colectivos generados por la pobreza, la exclusión social y la degradación: redes de economía alternativa y solidaria en España y en Europa (REAS) como Traperos de Emaus de Pamplona o la Fundación Deixalles; Iniciativas de Economía Alternativa y Solidaria (IDEAS), Tiendas de la Solidaridad, ecomensajería solidaria, etc.³².

Es de destacar que los medios de comunicación pueden influir e influyen sobre la población cuando ésta tiene que asumir retos tan importantes como cuidar los bosques, no derrochar el agua ni verter residuos; respetar las señales y normas de tráfico; donar sangre y órganos (ONT Organización Nacional de Trasplantes); respetar la propiedad editorial escrita, informática, audiovisual, y tantas otras empresas que están requiriendo comportamientos solidarios. Para lo cual se necesita del refuerzo que supone el conocimiento de datos y análisis de las situaciones. Aquí es precisamente donde los medios de comunicación pueden intervenir, desarrollando una labor inestimable que mueva a la acción positiva y solidaria de los ciudadanos³³. Con este último planteamiento trataríamos de destacar la diferencia entre el comportamiento cívico solidario con los próximos, y la solidaridad más espectacular que está lejana a nosotros, con los extraños.

Las diversas manifestaciones de la solidaridad nos interesan desde el trabajo social porque promueven la integración. Sin ellas muchos esfuerzos se perderían en la individualidad de las personas. Precisamente los trabajadores sociales están en condiciones de ofertar formas y fórmulas de participación que hagan posible recuperar la dignidad y autonomía a sectores de personas; luego la fuerza de tal capacidad reside, y debe residir en el potencial creativo que son capaces de desarrollar profesionalmente los trabajadores sociales, en crear recursos humanos. No es vano afirmar, por tanto, que los trabajadores sociales que ejercen su profesión en la Admón. Autonómica o del Estado, han de inclinarse decididamente por buscar y promover nuevas formas de participación social que salgan al paso de las nuevas necesidades individuales y comunitarias desde los servicios sociales de base³⁴.

6. La solidaridad en los manuales de Trabajo Social

En este último apartado queremos tomar nota de la sensibilidad con que algunos textos de Trabajo Social plantean la relación entre la solidaridad y el quehacer de los profesionales, de los trabajadores sociales.

La solidaridad existente entre las instituciones (estatales y no estatales) y el propio protagonista objeto del trabajo social, hacen posible que la acción de este último encuentre en ese

ámbito uno de sus cometidos, una de sus características. Consistirá en ayudar a que los sujetos se movilicen y utilicen su propio entorno, sus propias posibilidades. Es lo que expresó M. Moix y nos lo vuelve a recordar Antonio Gorri³⁵. Se trata en definitiva de desarrollar el Social Case Work, Social Group Work y Community Organization, solo que conociendo entre otras cosas, las claves de la solidaridad en esos niveles.

Se reconoce igualmente, sobre todo en los grupos que se encuentran en situaciones de marginación, la necesidad de contar con la solidaridad, con el apoyo social de otras personas y grupos, de las llamadas redes sociales que pueden aportar elementos materiales, informativos y emocionales. En caso contrario la ideas, los esfuerzos creativos que acabamos de mencionar en el punto anterior, resultarían baldíos. Se confirma lo que decimos cuando en el llamado trabajo social comunitario se dice "que sea la misma comunidad y sus integrantes los que participen con aportaciones solidarias a la solución de sus problemas, de las causas que los generan"... "tiene que haber un trabajo que permita la creatividad a nivel de la comunidad, las ocasiones de trabajo voluntario, y es el Trabajo Social el que permite y ayuda a lo espontáneo a convertirse en colectivo y comunitario, partiendo de las condiciones posibles, y ampliándolas y utilizando todas las potencialidades presentes en el Trabajo Social". Sin embargo no debe ser excesiva la confianza que se tiene en la comunidad y en la potencialidad metodológi-

ca del Trabajo Social cuando más adelante se dice que "Con todo, es muy difícil cumplir una función social sin respaldo institucional, por lo que el Trabajo Social Comunitario debe realizar su trabajo desde algo más sólido y no meramente voluntarioso, para ejercer en sí con plenitud su perfil profesional y obtener una gratificación en el desarrollo del trabajo"³⁶. Podemos estar de acuerdo en parte, pero precisamente se trata de que el trabajador social lo haga posible desde la Admón., desde el ámbito privado no lucrativo y lucrativo.

Se declara que desde los ayuntamientos el Servicio de Promoción y Cooperación Social ha de "potenciar las organizaciones de voluntariado social", que no es sino una de tantas formas de la solidaridad social. Nosotros estimamos que se trata de una declaración de intenciones en un Manual de prácticas, al no llegar a ninguna especificación de cómo lograrlo³⁷. Igualmente se repite en el tema de menores al referirse a la función de promoción del bienestar social del menor: "Promoción y desarrollo de la ayuda mutua y de las actividades voluntarias: familias educadoras, acogimientos temporales, etcétera", gitanos y mujeres.

Queremos acabar este punto, saliendo al paso de expresiones que pueden sembrar la confusión y una claro reduccionismo metodológico en relación con el trabajo social y la misma solidaridad. En otras palabras, no pocos profesionales como médicos, profesores, enfermeras y tantos más, practican una solidaridad profesional

con los sujetos-pacientes de sus actividades que alcanza unos límites, más allá de los cuales entendemos que perjudicaría a la práctica profesional. La empatía con el que sufre o padece determinados problemas, es propia de la naturaleza del ser humano y forma parte del complejo andamiaje que debe conformar la solidaridad. Sin embargo han de ser la técnica y ciencia desarrollada por las diversas profesiones quienes procuren invertir, en la medida de lo posible, las diferencias existentes. Diferencias que definidas por otras ciencias hemos de respetar aunque sea críticamente. No extraña por tanto lo más mínimo que los trabajadores sociales, junto a otros profesionales, hayan estado al lado de los más débiles:

"Los trabajadores sociales, de un modo u otro, dados los diferentes momentos históricos y el ideal profesional al que sirvieron, han tenido como objetivo la lucha contra la marginación, el malestar y el sufrimiento. En tal lucha han actuado fundamentalmente en función de sus creencias (ideológicas religiosas, etc.). Todo ello por supuesto no carecía ni carece actualmente de otras pretensiones, tales como la de lograr una mejor posición social; ser más técnicos; más científicos, más profesionales, etc. Pero la cercanía entre sus intereses y los de las personas y colectivos más vulnerables y excluidos de los círculos productivos y sociales, hasta el momento, ha ayudado a los trabajadores sociales a preservar sus objetivos con la mayor coherencia posible y a situarse desde una clara opción de solidaridad

y cooperación, manteniendo un estado de alerta y un posicionamiento crítico frente a las diferencias establecidas entre los "normal" y "lo anormal", "lo ajustado" y "lo desajustado". Por lo tanto pretender lograr un bienestar y además generalizarlo como objetivo universal, resulta pleno de ambigüedad para el trabajador social ya que dependerá de quién, dónde, para quién y quién lo defina y no tendrá una única traducción ni interpretación³⁸.

El interesante texto que acabamos de reproducir reconoce la fuerza de la solidaridad. Partir de ella, apostar por ella es importante para el trabajador social. Ahora bien, afortunadamente el avance científico nos ha ayudado a ver y comprender algo mejor las diferencias entre lo normal y lo anormal. En ese camino han avanzado y siguen avanzando, como decimos, diversas ciencias como la sociología o la psicología; luego seamos rigurosos, y no nos refugiemos sin más diciendo que la generalidad del bienestar es más que discutible para el trabajo social "ya que dependerá de quién, dónde, para quién y quién lo defina y no tendrá una única traducción ni interpretación".

Si sabemos que en torno al 18% de la población vive en situación de pobreza relativa y que aproximadamente el 4% lo constituyen el conjunto de los excluidos, siempre y cuando sepamos las causas estructurales y las condiciones personales, podremos actuar desde el trabajo social en favor del conjunto señalado. Como quiera que sabemos la interrelación de las

variables sexo, poder adquisitivo, formación-desarrollo, tipo de trabajo, número de hijos, edad, vivienda, tipo de familia y redes solidarias de apoyo, entre otras, podemos plantearnos actuar adaptándonos a las situaciones que se nos presenten³⁹. Lo podremos hacer desde los servicios sociales comunitarios, desde los programas de rentas mínimas, desde los servicios de ayuda a domicilio, desde las entidades sociales de voluntariado, etc. En una palabra, parece recuperarse, por la complejidad de variables que hay que combinar, un modelo de trabajo social que no improvisa sino que repentiniza las combinaciones necesarias para elevar el bienestar de las personas a las que nos estamos refiriendo. El modo de hacerlo pasa por acercarse a los procesos individuales y grupales que desarrollan estas personas para integrarse, no dejando que se acumulen los problemas. Luego el trabajo social desde la universalidad de los servicios, desde la generalidad del método, se convierte en el traductor, transformador a lo concreto y local de los planteamientos generalistas. El trabajador social, se convierte así en el hacedor, demiurgo de la integración social y que trabaja con despacho móvil, teléfono móvil y ordenador portátil.

Notas

- 1 Buena parte de los últimos textos sobre trabajo social así lo confirman: Cfr. Isabel Trigueros Guardiola (1995), *Manual de prácticas de Trabajo Social con las mujeres*, Siglo XXI Madrid. De la misma autora, en la misma fecha y editorial "Manual de prácticas de Trabajo Social en el campo de la marginación. Los gitanos. Con anterioridad se puede

- consultar a Jasone Mondragón e Isabel Trigueros (1993), *Manual de prácticas de Trabajo Social con menores, Siglo XXI*, Madrid. De Isabel Trigueros Guardiola (1991), *Manual de prácticas de Trabajo Social Comunitario n el movimiento ciudadano y Manual de prácticas de Trabajo Social en Ayuntamientos, Siglo XXI*, Madrid.
- 2 Miren Ariño Altuna (1996), "El Trabajo Social y los Servicios Sociales" en María del Carmen Alemán Bracho y Jorge Garcés Ferrer (dirs) (1995) *Administración social: servicios de bienestar social, Siglo XXI*, Madrid, p. 19-28.
 - 3 Fernando Alvarez-Uría (1993), "La crisis del trabajo social", *Rev. Claves*, nº 34.
 - 4 Pascal Bruckner (1996), *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, p. 244.
 - 5 Cfr. María Jesús Funes Ribas (1995), *La ilusión solidaria*. UNED, Madrid, p. 107-136.
 - 6 Es importante recordar que Clinton con la reforma del Welfare acaba de ahorrar al erario público estadounidense en torno a los siete billones de pesetas. Siete billones de pesetas destinados a los 38 millones de pobres estadounidenses a los que ahora se les ofrece "una segunda oportunidad" y limitada en el tiempo (cinco años).
 - 7 En realidad cualquier disciplina ha de serlo al margen de que se haga ejercicio de la misma en el ámbito público o en el privado. Ahora bien, cuando se trata de trabajar con las diversas manifestaciones de solidaridad, sí que es necesario aclarar los límites que se establecen respecto del trabajo social ejercido desde el ámbito privado. En resumen, es un problema de competencias aunque lo sea también de asumir responsabilidades.
 - 8 Marvin Harris ya escribió que entre otros profesionales, los asistentes sociales pertenecían a esa clase de ocupaciones "que acapararon las mujeres, casi todas ellas en régimen de horario reducido, eventuales, intermitentes o sin posibilidades de promoción, y casi siempre infraremuneradas, tal como evidencia el hecho de que el salario medio de la mujer trabajadora norteamericana equivale tan sólo al 58% del salario medio del varón". Marvin Harris (1984), *La cultura norteamericana contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, p. 103.
 - 9 Según el Ministerio de Asuntos Exteriores son excesivas el número de las mismas que viven exclusivamente de las subvenciones. Y con criterios de solvencia y experiencia se pretende que 10 o 12 reciban fondos públicos (Cfr. Ignacio Cembrero "Exteriores endurece las subvenciones a ONG para ayudar sólo a las que cree "solventes", *El País*, 16 de julio de 1996; "Gobierno y ONG" en el Editorial de *El País* de 19 de julio de 1966) . Paralelamente las fundaciones quieren estar menos controladas, modernizarse, desburocratizarse y tener mayores atractivos fiscales (Cfr. Fernando Barciela, "Las fundaciones quieren estar menos controladas", *El País* 14 de julio de 1996, p. 16/Negocios).
 - 10 Para que dejemos de tener tal impresión será preciso que nos informen mejor y den publicidad las mismas ONGs sobre los datos más significativos: estructura interna de participación y decisión, asalariados y voluntarios de la entidad, datos bancarios sobre el mantenimiento de la entidad y financiación de los programas, etc. Cfr. Eiena Vilanova y Rosa Vilanova (1996), *Las otras empresas*, Talasa, Madrid. Rafael Díaz-Salazar (1996), *Redes de solidaridad internacional*, HOAC, Madrid.
 - 11 Cfr. Luisa Posada Kubissa (1992): "Cuando la razón práctica no es tan pura", *Rev. Isegoría* nº 6, p. 17 y ss.
 - 12 Es importante que los trabajadores sociales tomen conciencia de que muy pocos profesionales tienen acceso al espacio íntimo, al espacio de las relaciones familiares. De entre los médicos, maestros, los trabajadores sociales, pueden barajar más datos reales que nadie de los protagonistas, urdiendo aquella estructura de acción con más posibilidades de éxito. Los ámbitos de intimidad como espacios en los que se fragua nuestro temperamento, carácter, memoria personal, estilo de conducta o personalidad. Cfr. José Antonio Marina (1996), *El laberinto sentimental*, Anagrama, Barcelona.
 - 13 Salvador Giner y Sebastián Sarasa (1996), "Filantropía y Política", *Rev. Claves* nº 62.
 - 14 "En Francia, en 1970, el 99% de los asistentes sociales son mujeres provenientes en su mayoría de clase media-alta y educadas en el catolicismo (90%); estas trabajadoras sociales son mayoritariamente solteras (52%)". Cfr. Verdès-Leroux" en Fernando Alvarez-Uría (1993), "La crisis del Trabajo Social, *Rev. Claves*, nº 34.
 - 15 Boris A. Lima (1983), *Epistemología del Trabajo Social*, Humanitas, Buenos Aires.
 - 16 Jean-Marie Domenach, Jacques Donzelot, Paul Virilio y otros (1984), *El Trabajo Social a Debate*, 2ª edición, Hogar del Libro, Colección Nova Terra, Barcelona.

- 17 Ezequiel Ander-Egg (1982), *Diccionario del Trabajo Social*, Editorial "El Ateneo", Barcelona, p. 364.
 - 18 Seguimos en estas primeras líneas el planteamiento que hace Eulalia Pérez Sedeño (1995): "Filosofía de la ciencia y feminismo: intersección y convergencia", *Rev. Isegoría*, nº 12.
 - 19 Cfr. Pascal Bruckner (1996), *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona, pp. 187 y ss.
 - 20 Milagros Pérez Oliva, "Las feministas catalanas debaten diferenciarse del hombre al ejercer el poder", *el País*, 27 de mayo de 1996.
 - 21 Cfr. Victoria Camps (1990), *Virtudes públicas*, Espasa Calpe, Madrid, pp. 141-163.
 - 22 Si nos atrevemos a relacionar el feminismo con el trabajo social es porque éste último puede racionalizar la defensa de la justicia en la esfera del cuidado de los demás (niños ancianos, etc.), del maltrato y marginación que se produce en la intimidad, allí donde rige el instinto natural y la comprensión. Cfr. Will Kymlicka (1995), *Filosofía política contemporánea*, Ariel Ciencia Política, Barcelona, pp. 259-315.
 - 23 Cfr. Richard Rorty (1991), *Contingencia, ironía y solidaridad*, Paidós, Barcelona, p. 214.
 - 24 Estudio realizado en diez países de la U.E. por Justin Davis Smith y patrocinado por Prima Europe sobre "Volunteering in Europe", Capítulo 26, 1966.
 - 25 Elina Nora Dabas (1993), *Red de redes*, Paidós, Barcelona, pp. 15-30.
 - 26 Requena Santos, Félix (1994), *Amigos y redes sociales*, CIS, Madrid, p. 3.
 - 27 Emilio Lledó (1995), *El Epicureísmo*, Taurus, Madrid, p. 114.
 - 28 Cfr. *El País* del 1 y 2 de junio: "Las ONG plantean revisar su acción y dotarse de un código ético", p. 27; y "La otra parte" por Manuel Vicent, p. 60.
 - 29 Cfr. A.M. Omoto y M. Snyder, Sustained helping without obligation: motivation, longevity of service, and perceived attitude change among AIDS volunteers, *Journal of Personality and Social Psychology* 1995; 68:671-686. Cfr. María Jesús Funes Ribas, (1995), *la ilusión solidaria*, UNED, Madrid, pp. 37-77.
 - 30 Cfr. Demetrio Casado (comp.) (1995), *Organizaciones voluntarias en España*, Hacer, 2ª edición, Barcelona; y del mismo autor (1996), "Visión panorámica de las organizaciones voluntarias en el ámbito social", *Rev. Documentación Social* nº 103, abril-junio.
 - 31 Cfr. VV.AA. (1995), *Las actividades económicas de las personas mayores*, SECOT (Patrocinada Central Hispano), Madrid, pp. 135-147.
 - 32 Cfr. Elena Vilanova y Rosa Vilanova (1996), *Las otras empresas*, Talasa, Madrid.
 - 33 Cfr. CECS (1994), *España 1994. Una interpretación de su realidad social*, Fundación Encuentro, Madrid, pp. 65-71 y 80-98.
 - 34 Cfr. CECS (1995), *España 1995. Una interpretación de su realidad social*, Fundación Encuentro, Madrid, pp. 491-544.
 - 35 Cfr. Antonio Gorri Goñi (1995), *La Intervención Psicológica en Política Social y Servicios Sociales*, Universidad Libertarias/Prodhufi, Madrid, p. 30-31.
 - 36 Cfr. Isabel Trigueros Guardiola (1991), *Manual de Practicas de Trabajo Social Comunitario en el movimiento ciudadano*. Siglo XXI, Madrid, p. 25-26.
 - 37 Cfr. Isabel Trigueros Guardiola (1991), *Manual de Practicas de Trabajo Social Comunitario en Ayuntamientos*. Siglo XXI, Madrid, p. 52.
- Entendemos que en el tema de menores la legislación vigente marca las reglas de juego de la solidaridad ciudadana (familias educadoras y acogedoras). Sin embargo entre los gitanos es más comprensible la posibilidad de la práctica de la solidaridad al existir una apreciable solidez de la familia extensa. La autora citada no hace mención de este breve apunte, aplicando al sector esquemas multiútiles y más propios de los Servicios Sociales que del trabajo social. Esa misma impresión recibimos cuando la autora se refiere a las mujeres.
- 38 Cfr. Mirén Arino, pp. cit., p. 22.
 - 39 Un modo de ver la relación entre el Bienestar social y las necesidades es precisamente el nuevo texto de Jorge Garcés y María Asunción Martínez (directores) (1996), *Bienestar social y necesidades especiales*, Tirant lo blanch, Valencia.

Antonio GUTIÉRREZ RESA
*Escuela de Trabajo Social
Universidad de Zaragoza*

